

Eduardo Chirinos o las potencias de unidad imaginaria

Azucena López Cobo

Lo normal cuando uno sabe que tiene que escribir unas palabras para un homenaje, sobre todo cuando el homenajeado es un querido amigo, es comenzar por los datos objetivos: en qué lugar, qué año, qué hacía cuando lo conoció. Voy a hacerlo inmediatamente, pero ya les adelanto que no voy a ser objetiva, sino todo lo contrario.

Conocí a Eduardo Chirinos un día de una extraña primavera a comienzos de siglo en Madrid, a donde había llegado con el pretexto de haber ganado la primera edición del Premio de Poesía Casa de América. Entonces yo vivía en la Residencia de Estudiantes, la casa que antes vio crecer y consolidarse a lo mejor de la Edad de Plata de la Cultura Española. En aquel recinto confluyeron como maestros Juan Ramón Jiménez, José Moreno Villa, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno o Fernando de los Ríos, entre otros. Ellos tutelaron a los jóvenes que en las primeras décadas del siglo XX iban a Madrid a estudiar en la Universidad Central. De los que luego fueron más conocidos, pocos terminaron una carrera universitaria. De allí salieron muchos científicos, pero los que

han unido su nombre al destino de esa casa fueron los poetas, los pintores, los cineastas. Algunos nombres les sonarán más, otros imagino que menos: Federico García Lorca, Luis Buñuel, Salvador Dalí, Emilio Prados. Entre sus visitantes asiduos estaban Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Maruja Mallo, Vicente Aleixandre y todos los demás de esos años de esplendor.

Cuando Eduardo Chirinos llegó a la Residencia de Estudiantes por primera vez, yo formaba parte de un grupo de ocho de entre veinte y treinta años que disfrutábamos de una beca de creación o de investigación. Era mucho menos glamoroso que el pasado que les acabo de contar, pero el esplendor de ese pasado —irrepetible, a mi modo de ver— era lo que pagaba nuestras becas.

Como una pandilla de alocados, venidos en su mayoría de provincias, nos conocimos en Madrid y formamos una piña bien avenida. Eran muy buenos escritores y casi todos inéditos: Ariadna García, David Mayor, Joaquín Pérez Azaústre y el compatriota de ustedes, el poeta peruano Martín Rodríguez Gaona. Entre los creadores también estaba el compositor Juan Manuel Artero, el pintor José Luis Pastor y, entre los científicos, la arqueóloga Rosa Huguet. Todos acompañamos a Eduardo Chirinos hasta Casa de América para verle recibir su premio y después nos fuimos a celebrarlo a los bares y a las calles de Madrid. En seguida se hizo nuestro amigo, a pesar de que éramos muy pedantes y disfrutábamos debatiendo a grito “pelao” sobre estética en cualquier bar castizo de Malasaña. Jóvenes y osados —que vienen a ser sinónimos—, creíamos que nuestras convicciones, forjadas contra viento y marea en nuestra adolescencia provinciana, eran nuestras.

Aquella tarde escuché por primera vez los poemas de *Breve historia de la música* (Visor, 2001) y recuerdo que me parecieron lejanos, aunque conocía algunas de las melodías que sirvieron de inspiración. Lejanos no por lo que decían, sino por cómo lo decían. No entendía cómo el ritmo del poema podía recrear las melodías sin imitarlas. ¿Era, acaso, músico? Algunos de los fragmentos a los que aludían los poemas me eran totalmente desconocidos, pero intuía que, en esos casos, Eduardo Chirinos también se acercaba a una interpretación personal de la melodía original, como luego

pude comprobar al escuchar las piezas. ¿Cómo podía abstraerse del ritmo musical y dotar sus versos de un ritmo propio compatible con la música? Durante la conversación que sucedió a la lectura, Eduardo Chirinos me contó que sus oídos le allanaban el camino y reconstruían para él lo que los demás no oíamos; amplificaban la belleza sonora y, como escudos de un superhéroe, lo protegían de las palabras dañinas del exterior. Solo después leí estos versos de su primer libro *Cuadernos de Horacio Morell*:

ARTE POÉTICA

El silencio reposa locuaz en mis orejas
Y escarbo como un topo bajo el cielo.

Concluí que en eso radicaba su misterio y creí haberlo desvelado. No recuerdo el tiempo que duró aquella primera visita a la Residencia. De lo que tengo un claro recuerdo es de nuestras conversaciones sobre poesía durante la cena, al acabar el día. Yo cerraba los libros y el ordenador, y Eduardo Chirinos regresaba de caminar las calles madrileñas parando en ciertas casas editoriales y librerías con su bolsa de tela *beige* colgada del hombro. Por entonces yo sabía muy poco de poesía, pero en lo tocante a la peruana, solo había leído, y parcialmente, a César Vallejo, a Blanca Varela y a mi amigo Martín Rodríguez Gaona. En aquellos días Eduardo Chirinos me descubrió a Martín Adán, a Enrique Peña Barrenechea, a Emilio Adolfo Westphalen, a Javier Sologuren, a Jorge Eduardo Eielson, a Carlos Germán Belli, a Gonzalo Rose, a Antonio Claros, a José Watanabe, a Carlos López Degregori y a los más jóvenes también. Y no solo me señaló lecturas peruanas imprescindibles, sino que me habló, asimismo, del venezolano Eugenio Montejo, del chileno Jorge Teillier, del libanés Georges Schéadé, del portugués Antonio Ramos Rosa y del sociólogo franco-sefardí Edgar Morin.

Así fue como descubrí que Eduardo Chirinos, como la *Apis mellifera*, tiene más de 6300 unidades receptoras en cada uno de sus ojos y que, como cualquier *Galleria mellonella*, sus oídos son capaces de detectar frecuencias de sonido de hasta 300 000 hercios,

la sensibilidad más alta detectada en un animal terrestre. Porque Eduardo Chirinos, en lugar de descomponer la realidad en 6300 fragmentos como lo hace la abeja o en 300 000 sonidos como la polilla de la cera, la descompone en 6300 imágenes y en 300 000 ritmos versales. Por tanto, no solo no había descubierto el misterio de su poesía, sino que como un imprudente Teseo acababa de entrar en un laberinto del que únicamente podría salir atándome a las palabras de otros, que Eduardo Chirinos hacía suyas y moldeaba con cera para, como un Ícaro urgente, facilitarme una salida airoso. Ingenua de mí, sigo perdida en ese laberinto.

Una tarde de noviembre me envió por *attachment* *Abecedario del agua* (Pre-Textos, 2000). Lo había publicado un año antes y su lectura coincidió en el tiempo con mi primera incursión en *Recuerda, cuerpo...* (Ediciones del Tapir, 1991), que ya tenía nueve años y que yo había encontrado en la biblioteca de la Residencia de Estudiantes. Cuando supo que leía ambos libros a la vez me dijo: “Debe ser un poco raro alternar la lectura de *Abecedario del agua* con *Recuerda, cuerpo...* (para muchas personas es mi mejor libro. Tal vez. Sé que es el más doloroso). Sabía por David [Mayor] que ese libro estaba en la Residencia (y pensé, en consecuencia, que tú lo sabías), pero me alegro de haber estado equivocado y de que me hayas encontrado en los anaqueles donde habitualmente esperas encontrar a Cernuda y compañía”. En verdad, nada tenía que ver el poemario más doloroso que decía haber escrito con los otros poemas, que eran rendijas absortas de luz. Porque advierte el autor en el prólogo de *Abecedario del agua* que “un verso de Marechal leído al desgaire y una vieja fotografía donde aparezco muy pequeñito con un abecedario en las manos fueron el origen de este libro”. Ciertamente, no había ninguna proximidad entre el verso “Para llegar a ti he tropezado muchas veces” de *Recuerda, cuerpo...*, con esos otros, que son como las primeras palabras con las que un niño dice su mundo, uno de esos niños que aún pequeños ya saben que el mundo es imposible de abarcar, mucho menos de decir, de nombrar. *Abecedario del agua* es el mapamundi de recuerdos de aquel niño que se confiesa “analfabeto y curioso”. Cada uno de esos recuerdos es una nueva página del abecedario: Lima, Madrid, Santiago de Chuco, Newark, Boston, San Francisco, Salamanca, la tierra de Oz, la Irlanda legendaria de la marmita de oro, la belleza, Jauja, la luna, el Egipto

de un cuento de beduinos. Ese mapa del mundo contiene uno de los poemas que más me gustan de Eduardo Chirinos: “Monólogo del poeta y la musa”. Quizá tengamos suerte y hoy lo lea para nosotros. Y, en cuanto terminé esos libros, me enfrasqué en *El equilibrista de Bayard Street* (Colmillo Blanco, 1998), mucho más próximo en el tiempo y en la temática al *Abecedario del agua*.

El equilibrista de Bayard Street me mostró los miedos de un yo poético que desafía el vacío para adentrarse en un universo desconocido hasta el momento. Lo bueno de leer la obra de un autor sin seguir el orden cronológico es que el interlocutor (la representación del lector) se forja imágenes flexibles del hablante (la representación del escritor) y se ve obligado a modelar esa imagen, cambiarla en función de lecturas inéditas. *El equilibrista de Bayard Street* se enfrentaba a una forma de nombrar un mundo nuevo. Cien veces recorre el camino entre la ventana y la torre sin que le importe a nadie más que a una sirena de tierra adentro y a los niños que espantan gatos. Y allá arriba, solo, el equilibrista nos hace partícipes de uno de sus mayores descubrimientos, el silencio. Un silencio que define tan antiguo como la materia prima de que está hecho el planeta. Silencio forjado de agua y de tierra, que como *un barro azul misterioso* le brinda *un laborioso lenguaje* en el momento justo de deshacerse *una vez más sobre las piedras*. Por eso, en su 35 cumpleaños, el equilibrista de Bayard Street nos confiesa: “Elegí las palabras porque no pude elegir el silencio” o, lo que es lo mismo, creo yo, porque el silencio no lo eligió a él.

Del sótano anaquelado de la Residencia de Estudiantes, saqué prestado el *Naufragio de los días* (Renacimiento, 1999), una antología de parte de su producción de los últimos veinte años. Entonces me di cuenta de dos cosas: 1) debía ser un poeta atormentado y 2) era un poeta atormentante. Y me explicaré. 1) Debía ser un poeta atormentado porque, para ser alguien que prefería el silencio, su producción era muy abundante. Forzosamente debía sufrir con tal despropósito: en lugar de elegirlo el silencio, se adueñaron de él las palabras. El tiempo ha venido una vez más a matizar mi primera impresión de aquellos días. Y 2) era un poeta atormentante para alguien con una mente cartesiana como la mía. Acostumbrada a

encontrar en los autores que me interesaban líneas rectas que se cruzaran perpendicularmente entre sí para clasificar en cada cubículo los rasgos de su producción, la variedad de la obra de Eduardo Chirinos, el enfoque novedoso de cada libro, una génesis diferente en cada uno de ellos, me hacían pensar en un poeta excorpóreo, en una mezcla de Zeus y Leviatán capaz de tomar el verbo y la voz —más que el cuerpo— de cualquier corriente poética que yo conociera: neoclasicismo, vanguardismo, culturalismo, bestiarismo, voyerismo, naturalismo. Algunos críticos han dicho de su poesía que en los años ochenta empezó una trayectoria “bastante individual” en la línea de otros autores hispanoamericanos. Yo me pregunto si se puede hacer otra cosa que no sea poesía “bastante individual”, incluso cuando estética y cronológicamente se está de pie al lado de quienes, en conjunto, conforman una generación. Me inclino a creer que, en todo caso, la poesía “bastante individual” de Eduardo Chirinos es una poesía inevitablemente ambiciosa.

La riqueza de las fuentes a su disposición es tal y tal es su sed que apenas bebe de una de ellas la abandona para probar el agua de otra y de una tercera y de la siguiente, como si de una reencarnación de la misma Egeria se tratara. Si los oídos, si los ojos de Eduardo Chirinos descomponen la realidad en miles de realidades —reales e imaginarias, estas últimas tan corpóreas como pueden ser las visiones para un médium—, su voluntad de abarcar cuantas posibilidades poéticas haya a su alcance se convierte en un destino del que no puede escapar. Los matemáticos han inventado un concepto que me parece que ilustra esto que les digo. Llamen “potencias de la unidad imaginaria” a esos números que, no siendo reales, la razón puede concebirlos y, en consecuencia, la lógica matemática crea para ellos funciones que les permiten operar directamente con los otros números, los reales. Números reales e imaginarios para explicar los hechos del universo, ¿existe un concepto más apropiado para la poesía de Eduardo Chirinos? *Naufragio de los días* me inició en el diálogo con esas otras realidades que operan con la realidad. Allí encontré parte de su producción anterior: *Cuadernos de Horacio Morell* (Trompa de Eustaquio, 1981), *Crónicas de un ocioso* (Trompa de Eustaquio, 1983), *Archivo de huellas digitales* (Ediciones Copé, 1984), *El libro de los encuentros* (Colmillo

Blanco, 1988), *Rituales del conocimiento y el sueño* (El Espejo de Agua, 1987) y *Canciones del herrero del arca* (Colmillo Blanco, 1989). En conjunto, acabaron de confirmarme que cada uno de sus poemas horada la opaca bóveda celestial para, en ese preciso instante y por toda la eternidad, dejar pasar la luz de las esferas. Lo que desde la distancia de una lectora no son más que puntitos luminosos en el cielo estrellado de la obra de Eduardo Chirinos resultan ser, en cambio, ventanas abiertas de par en par a realidades expresivas cuya incursión en cada una de ellas podría llevarle toda una vida. ¿Cuántas estrellas nos regala con cada título? En el poema “Un intruso en el universo” (*Cuadernos de Horacio Morell*), Eduardo Chirinos se confía: “[...] un simple mortal entre los hombres / O más propiamente / Un intruso entre aquellos que olvidaron / De cuántos nombres se compone el universo”. Y como el personaje del grabado *Flammarion* (1888), que asoma la cabeza por fuera de la cortina de la atmósfera para conocer el universo, Eduardo Chirinos procede a nombrar cada una de esas luminarias tras preguntarse:

¿Qué puedo decir de la verdad si la verdad es la repetición
incesante del error?

¿Qué puedo decir del error si nos devuelve al estado primi-
genio de pureza?

(“Conversando con Dios”, *Archivo de huellas digitales*)

Tuvo que irse al hostel Juli de Madrid para encontrarse con su mejor yo, vestido con versos de Horacio como única arma en la batalla entre cartagineses e invictos romanos; para hallar al mejor hermano de su hermano Carlos; para acercarse más que nunca a su lejano abuelo en ese pueblo “hacia el norte, entre el mar y las montañas”, y para escribir ese verso que ya para siempre ha unido Madrid y Lima: “Cálida Tartessos, pero más cálida Samos» (*El libro de los encuentros*, 1988). Con *El libro de los encuentros* me ponía al día de los versos publicados de Eduardo Chirinos hasta ese momento. Era el otoño de 2002 y no pasaría un año en iniciarse una nueva etapa en su obra. Estaban por llegar muchos de sus mejores versos.

Solamente en otro lugar volverá a escribir con la misma intensidad y plenitud que en el hostel Juli de Madrid. Y solo en ese lugar volverá a penetrar su infancia como el que cruza el espejo del tiempo. Será en Montana. La ciudad de Missoula le ofrece un nuevo destino como profesor de literatura y un nuevo hogar. Y, para que este exista, se hace preciso volverlo corpóreo. Las palabras y los silencios son la vestimenta que nos da la medida de este lugar. Son poemas sobre las casas de escritores como Vallejo, Pessoa, Cernuda, Cavafis, Frost y su hogar más íntimo: “La casa del cuerpo”. En ese cuaderno de viaje que es *Escrito en Missoula* (Pre-Textos, 2003), se incluye el verso que más tiempo se ha demorado en ser escrito: “cuesta siglos decir atardecer naranja”. Luego llegaron *No tengo ruiseñores en el dedo* (Pre-Textos, 2006) y *Humo de incendios lejanos* (Aldus, 2009), que cito juntos porque ambos, distantes tres años, son el mismo ejercicio ensayado ya en su producción anterior. Un ejercicio que ahora vuelve temática central “la conciencia de la problemática moderna del lenguaje”, a decir de la inteligente lectura de inteligente crítico Túa Blesa. Una reseña que reflexiona sobre uno de los axiomas del libro, o mejor, de la obra de Eduardo Chirinos: el silencio. Silencio percibido, recibido, ofrecido como regalo y, finalmente, rechazado y despreciado. El silencio como “un no decir equiparado al discurso”. Un eje formal y temático que atraviesa la obra de Eduardo Chirinos. No por casualidad su tesis doctoral versó sobre el silencio como tradición en las obras de Westphalen, Rojas, Orozco, Sologuren, Eielson y Pizarnik. Y no por casualidad, como Westphalen, Chirinos recorre los parajes del silencio desde su encumbramiento como esencia poemática a su posterior desprecio para, finalmente, restituir los poderes de la palabra. Así, frente a Horacio Morell, para quien *el silencio reposa locuaz en sus orejas*, o frente al “equilibrista de Bayard Street”, que *eligió las palabras porque no pudo elegir el silencio*, o el habitante del hostel Juli que *encontró solo la palabra, lo demás le fue negado*; el hablante que no tiene ruiseñores en el dedo reconoce el silencio como una derrota y dice:

Nunca pude con el silencio. Nunca
aprendí a escucharlo:
tras su blanca pared escucho siempre una música.

Para, en seguida, confesar:

[...] me ahogo
interminablemente en el silencio

El silencio ahora, convertido en amante desdeñoso e ingrato, es rechazado, es regalado:

Te regalo el silencio. Los vastísimos
silencios que recorre la luna.

Lenguaje y silencio se convierten en un doble recurso para expresar una misma experiencia poética, una misma experiencia de vida, porque para Eduardo Chirinos no hay transición entre una y otra. Porque, como concluye Túa Blesa, “el lenguaje acaba siendo la medida de todo” o, lo que es lo mismo —añado yo—, el lenguaje acaba siendo la medida del silencio. Si en *No tengo ruiseñores en el dedo* es donde este lenguaje del silencio se atreve a presentarse desnudo, en *Humo de incendios lejanos se vuelve* “huésped privilegiado del poema”, precisamente por su contrario, por la ausencia de los recursos formales a que acostumbra su tradición. Así, salvo los signos de interrogación en *Humo de incendios lejanos* no encontraremos versos inacabados, espacios en blanco, tachaduras, paréntesis, puntos suspensivos, cursivas, mayúsculas. Esto deja el poema abierto al lector, a su experimentación lingüística y a su definición formal. El 23 de enero de 2007 escribí el siguiente correo electrónico:

Querido Eduardo:

Llevo muchos días queriendo escribirte, pero no he encontrado el modo reposado de hacerlo. *Humo de incendios lejanos* lo comencé a leer entusiasmada nada más recibirlo. De entrada, como creo haberte dicho, me parece tu mejor libro de poemas. Ya sé que suena exagerado, pero después de haberlo terminado, dejado, retomado, releído y requeleído te confirmo mi primera impresión. Se trata de un libro que es un poema, pero que a la vez

parece que presenta reunidas muchas de las facetas (si no todas) mostradas en otros poemarios. Es como si todos los Eduardos se hubieran puesto de acuerdo por esta vez y se hubieran presentado de frente sin perjuicio de los demás. No sé si me explico. Lo que quiero decir es que el conjunto de Eduardos fundidos en un único poema (insisto en que para mí casi todo el libro es un único poema) muestra a un sujeto poético más descarnado, más abierto en canal ante el lector. Suena pedante, lo sé, pero precisamente a esto se debe que no te escribiera antes. El resultado de su lectura me ha provocado, sin motivo lógico, una profunda tristeza. Quizá ha sido el ritmo salmódico que como una oración martillea una frase que no se dice, pero que no para de insinuarse, quizá hayan sido la multiplicidad de imágenes casi atropelladas, pero de gran limpieza, lo que me produce aturdimiento, quizá la transparencia de la confusión dicha. O tal vez, sencillamente, no me he enterado de nada o mi propia tristeza prenavideña ha contaminado su lectura. Esto último es lo que consideraba más probable, así que dejé reposar el libro y lo he retomado con la alegría instalada en mí. Pero no ha habido cambios en mi apreciación. Es más, se ha ratificado. Así que me atrevo a decírtelo corriendo el riesgo de que sea la peor lectora de *Humo de incendios lejanos* y, de antemano, te pido disculpas por ello.

No conservo la respuesta a este correo. Creo que ni siquiera lo llegué a enviar. Cuatro meses más tarde, Eduardo Chirinos me hacía llegar a través de nuestra común amiga Elena, bióloga especialista en aves que había ido a visitar a Jannine y Eduardo a Missoula, el ejemplar del libro editado en México.

Querido Eduardo:

Vi a Elena hace unos días. Me dio el libro. Muchas gracias, Eduardo. Siempre tan atento. Qué ganas tengo de publicar alguno yo para enviártelo y dedicártelo. Por lo menos, una pequeña y tonta correspondencia tras tantos hermosos libros estos años. Es una maravilla. Me gusta su edición. He releído muchos de los poemas como si fuera la primera vez y me han sorprendido de nuevo. Son rotundos como esas verdades que transformamos en fantasmas y, a la vez, parecen historias de otro mundo, increíbles,

lejanas, ajenas. Enhorabuena. Dice Elena que estás escribiendo mucho (¡cuándo no!) y que ahora te interesas por las abubillas, ¿o no?, ¿eran los vencejos? En cualquier caso, seguro que andas rumiando algún poema, si no un libro entero.

A lo que contestó:

Querida Azucena:

Es gracioso: mientras Elena estaba enrollada con sus cosas yo andaba enrollado en los poemas finales de *Mientras el lobo está*, un libro que vengo escribiendo desde finales del 2007, y el poema al que se refiere es, más que sobre vencejos, sobre mi relación con la poesía. Te lo transcribo como un pequeño regalo de primavera. Y si te gusta y lo deseas, te envío el libro completo.

Se trataba del poema “Los vencejos se aparean en el aire” de *Mientras el lobo está*, un libro que ha recibido un gran reconocimiento en España al ganar el XII Premio Internacional de Poesía Generación del 27. Para entonces yo ya había leído muchos de esos versos. Tras la llegada, volando, de los vencejos le contesté:

Querido Eduardo:

Gracias por el regalo primaveral. Curioso: cuando te escribía ayer sobre *Humo de incendios lejanos* anoté: “poemas como latigazos en el lomo”, luego lo borré por vergüenza (a los poetas no hay que escribirles así, según me enseñó uno hace muchos años: seguro que se equivocaba). Y ahora leo ese verso tuyo: “... como latigazos en la espina dorsal”. Siempre las palabras son hilos que unen principios a un fin, que son nuevos principios. Ya estoy escribiendo otra vez como no debería. Mejor callar.

En ocasiones, versiones no definitivas de los poemas de Eduardo Chirinos me llegan con tiempo suficiente para hacerlos míos, para rumiarlos, para ver hacia dónde se encaminan sus pasos, dónde se han posado sus ojos, qué sutiles bisbiseos le han reproducido sus oídos. Y como tantas veces antes y después,

Mientras el lobo está volvió a sorprenderme cuando por fin tuve en mis manos el libro editado. Es otra manera de percibir a los muchos Eduardos que se esconden y asoman (que es lo mismo) en sus textos. O como él suele decirme: “en realidad es una versión algo modificada de la que tú conoces, alguna sorpresa tiene que haber, ¿no?”. En ese libro hay otro de esos poemas que yo seleccionaría para una antología dicha y callada de Eduardo Chirinos: el poema “Arreglo de cuentas” viene a ser una parada más de ese largo viaje del silencio a la palabra y viceversa:

Preguntarás por qué
te sigo. No es tan simple. Te debo el milagro
de la música, te debo el pudor ensimismado
que algunos confunden con desdén. Te debo
el amor por el silencio y el amor por las palabras.
Ahora ya lo sabes. Te sigo porque nunca te quise.

Y algo más tarde, en *Anuario mínimo* (1960-2010), ese “no diario” de 101 prosas breves que recorren su biografía poética desde el año anterior de su nacimiento hasta 2010, se reafirma en el paralelismo que hay entre decir todo y decir nada. Allí escribe: “Mis orejas [...] a veces me arrojan al silencio, a una música que me exige palabras. Desde hace años me exige palabras”. En marzo de 2012, aparecieron en *Cuadernos Hispanoamericanos* las “siete visiones” que componen uno de los *Fragmentos para incendiar la Quimera* (Dauro, 2014), última entrega —por el momento y sé que por poco tiempo— de la poesía de Eduardo Chirinos. Junto a esas visiones publicó también “Tres lecciones de biología”, que unas semanas antes había recibido yo por correo como regalo de Reyes Magos y que más tarde han pasado a formar parte de *35 lecciones de biología (y tres crónicas didácticas)* (2013). Sus animalitos llegaron hasta Madrid, liberados de un vagar de ceros y unos: el extinto *Raphus cucullatus* (dodo o dronte), la *Balaena mysticetus* (ballena boreal) y el *Ornithorhynchus anatinus* (ornitorrinco). Tres personajes que podían haber tenido su sección en el *Coloquio de los animales* (Renacimiento, 2008) si no fuera porque se retrasaron en llegar cuatro años, aunque ¿para qué

están las segundas ediciones? Se fueron a Bogotá: el dodo no vuela y al ornitorrinco le da pánico el mar, así que finalmente la ballena aceptó y tomaron un vuelo desde Missoula.

Otro animal, en cambio, decidió hacerse fuerte en *Medicinas para quebrantamientos del halcón* (2014) del que salió en verano la versión española y recientemente otra peruana. Es un libro descarnado, pero siéndolo, no es dramático. Es la espera justo antes del abismo. Es el abismo mismo, la convicción de ser abismo, si en ello está la vida. La poesía de Eduardo Chirinos es eso, un estar parado en la vida, un asumirla como es, a veces callada como el silencio, a veces ruidosa como el mar; envuelta en hilos que a veces son palabras, pero que siempre son música. Eduardo Chirinos es, como dice de sí mismo, *un hombre atravesado por varios tonos. Sus libros son como planetas solitarios que se rigen por las mismas leyes del movimiento*. Es un coágulo del yo que desaparece al decirse en el poema, que se licúa al no decirse en el poema. *Es un ojo que mira y un oído que escucha el lento movimiento de las focas*. Un poeta que en cada verso nos recuerda que Homero existió y que, como él, lee y escribe como modo más desinteresado de saberse vivo. Porque los oídos de Eduardo, los ojos de Eduardo, esos mismos que hacen que no haya un Eduardo, sino tantos como posibles lecturas del mundo al que nos enfrentamos sus lectores, nos muestran que aquel niño de la fotografía que miraba un abecedario podía ser curioso, sí, pero en todo caso no analfabeto, porque si alguien puede parecerlo, ese alguien somos nosotros, lectores, ante el universo que nos tiende en cada poema, con cada punta de alfiler que atraviesa la bóveda celeste para darnos luz. Un mundo que se empecina en seguir abarcando con sus manos y no inútilmente, querido Eduardo, Eduardo. O no, para nosotros, tus lectores.

Leído en el auditorio de la Universidad del Pacífico de Lima
Elogios a Eduardo Chirinos, Lima, 16 de diciembre de 2014.

